

LA MUJER

PERIODICO SEMANAL

HISTORIA, POLITICA, LITERATURA, ARTES, LOCALIDAD

OFICINA:— IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO, CALLE DE MORANDÉ, 38.

AÑO I.

SANTIAGO, SETIEMBRE 10 DE 1877.

NUM. 17

REDACTORA.

Señora Lucrecia Undurraga, viuda de Somarriva.

COLABORADORAS.

SANTIAGO.

Señora Mercedes Rogers de Herrera
" Enriqueta Calvo de Vera
" Isabel Le-Brun de Pinochet
" Mercedes A. Latorre, viuda de G.
Sta. Enriqueta Solar Undurraga
" Victoria Cueto
" Elvira Meneses
" Elisa Charlo
" Antonia Tarragó
" Rosa Z. Gonzalez

VALPARAISO.

Señora Rosario Orrego de Chacon
" Eduvijis Casanova de Polanco
Sta. Rejina Uribe Orrego
" Anjela Uribe Orrego
" Dolores L. de Guevara
" Adela Anguita

SAN FELIPE.

Señora Aurora Baratoux de Arrieta
Sta. Enriqueta Courbis

SERENA.

Señora Mercedes Cervelló

TALCA.

Sta. Emilia Lisboa

CURICO.

Sta. Carolina Olmedo

CHILLAN.

Señora Mercedes Maira de Moreno
Sta. Ercilia Gaete

RENGO.

Señora Clara Luisa Arriarán

COPIAPO.

Sta. Isabel Randolph
" Delfina María Hidalgo

TALCAHUANO.

Sta. María Luisa Cerna

SUMARIO.—1.º La mujer considerada particularmente en su capacidad científica, artística i literaria, por la señora Jertrudis Gomez de A.—2.º Escuela republicana, traduccion del frances por la señorita Zara E. Lozanel (anagrama).—3.º Siempre a tí, poesía, por la señorita G.—4.º Al señor F. V., poesía por la señorita Rosa Z. Gonzales R.—5.º Revista de la semana, por Safo.—6.º Descripción jeneral dle palacio de la Alhambra i del baile de fantasía dado en él por el señor don Claudio Vicuña.—7.º Revista de modas.—8.º Editorial, por la señora Lucrecia Undurraga v. de S.

ESTUDIOS SOCIALES

LA MUJER

CONSIDERADA

particularmente en su capacidad científica,
artística i literaria.

1

Si aun necesitásemos nuevas demostraciones de que la fuerza moral e intelectual de la mujer se iguala, cuando ménos, con la del hombre, no tendríamos mas que buscarlas—con solo otra mirada rapidísima—en el vasto campo de la literatura i las artes. No decimos tambien de la ciencia, porque estando ésta basada únicamente en el conocimiento de las realidades—conocimiento que los mayores jénios no pueden poseer por intuición—sería absurdo pretender hallar gran número de celebridades científicas en esa mitad de la especie racional, para la que están cerradas todas las puertas de los graves institutos, reputándose hasta ridícula la aspiración de su alma a los estudios profundos. La capacidad de la mujer para la ciencia no es admitida a prueba por los que deciden soberanamente su negación, i causa sumo asombro que—au—nasí i todo—no falten ejemplos gloriosos de perse-

verantes talentos femeninos, que han logrado forzar de vez en cuando la entrada del santuario, para arrancar a la misteriosa deidad algunos de sus secretos. Dígalo Areta (hija de Aristipo), autora de cuarenta libros científicos, maestra de ciento diez filósofos distinguidos, heredera (según decían los atenienses) del alma de Sócrates i de la facundia de Homero. Díganlo Aspasia—de quien aprendían retórica Pericles i Alcibiades, i a la que debió Atenas una escuela de elocuencia;—i Laura Bassi, no ménos celebrada por sus contemporáneos como instruida en la física, el álgebra i la jeometría, que como inspirada en la poética; i la princesa de Piombino, teóloga i filósofa; i madama Chatelet, reconocida como astrónoma, etc., etc.

Si la mujer—a pesar de estos i otros brillantes indicios de su capacidad científica—aun sigue proscrita del templo de los conocimientos profundos, no se crea tampoco que data de muchos siglos su aceptación en el campo literario i artístico: ¡ah! ¡no! tambien ese terreno le ha sido disputado palmo a palmo por el exclusivismo varonil, i aun hoy día se la mira en él como intrusa i usurpadora, tratándola, en consecuencia, con cierta ojeriza i desconfianza, que se echa de ver en el alejamiento en que se la mantiene de las academias *barbudas*.—Pasadnos este adjetivo, queridas lectoras, porque se nos ha venido naturalmente a la pluma al mencionar esas ilustres corporaciones de jentes de letras, cuyo primero i mas importante título es el de *tener barbas*. Como desgraciadamente la mayor potencia intelectual no alcanza a hacer brotar en la parte inferior del rostro humano esa exuberancia animal que requiere el filo de la navaja, ella ha venido a ser la única e insuperable distinción de los literatos varones, quienes—viéndose despojados cada día de otras prerogativas que reputaban exclusivas—se aferran a aquellas con todas sus fuerzas de *sexo fuerte*, haciéndola prudentísimamente el *sine qua non* de las académicas glorias.

Pero ¡admirad la audacia i la astucia del *sexo débil*! Hai *ellas* que, no sé cómo, se alzaron súbitamente con

borlas de doctores (1). Otras que cubriendo sus lampiñas caras con máscara varonil, se entraron, sin mas ni mas, tan adentro del templo de la fama, que cuando vino a conocerse *que carecian de barbas* i no podian, por consiguiente, ser admitidas entre las capacidades académicas, ya no habia medio hábil de negarles que poseian justos títulos para figurar eternamente entre las capacidades europeas (2).

II

Aun es mayor—¡espantaos!—aun es mayor el número de temerarias que a cara descubierta se han hecho inscribir *sans façon* en los fastos gloriosos de la intelijencia. ¿A qué citar ejemplos, siendo tan públicos i palpables los hechos?

Desde la mas remota antigüedad vemos a la mujer dando muestras de que nació dotada del instinto artístico, que habia de salvar al cabo cuántas murallas se le opusieran. Las musas mitológicas eran, probablemente, apoteosis de mujeres ilustres de los primeros tiempos, iniciadoras de las artes; pero sin necesidad de recurrir a hipótesis, sabido es que—según respetables opiniones—se debe a una mujer la invención de la pintura; que otra ha puesto las bases de la primera sociedad de bellas artes, estableciendo los juegos florales... (3). I ¿quién ignora que Safo fué célebre entre los mas célebres poetas griegos de su época; que Corinna venció a Píndaro; que Tesálida infundía—con los májicos sonos de su lira—el heroísmo del guerrero en los juveniles corazones de las doncellas arjivas?

No intentaremos descender a los tiempos modernos: la Europa sola nos abrumaría con el inmenso número de sus glorias femeniles; i la América—ese mundo tan nuevo en que he nacido—la América misma llovería sobre nosotras multitud de nombres de distinguidas hembras, que sostienen en ella el movimiento intelectual amenazado de sofocación, en unas partes por la preponderancia de los intereses materiales, i en otras por las disensiones civiles.

I ¿cómo no ser así, cuando—al descubrir Colon una parte de esas rejiones vírjenes—pudo notar con asombro que la naciente civilización de aquel pueblo i el jenio de su poesía estaban encarnados en el hermoso cuerpo de una mujer? Anacaona era la sibila inspirada de una de nuestras ricas islas tropicales. A su voz—resonando entre las armonías de los bosques—se suavizaron las costumbres de aquellas tribus bárbaras, se reveló a sus entendimientos la soberanía de la intelijencia, i obedecieron como a reina a la que veneraban como a oráculo.

III

En cuanto a capacidades femeniles contemporáneas, solo añadiremos, por conclusion, que acaban de ver la luz pública en Francia dos obras notables por mas de un concepto. La una, debida a la pluma de Mlle. Marchet Girard, lleva por título: *Las mujeres, su pasado, su presente, su porvenir*. La otra, de que es autora la ya célebre condesa Dora d'Istria, tiene por epígrafe: *Las mujeres en Oriente*. Aun no hemos tenido el gusto de leer ninguna de dichas producciones; pero—a juzgar por los

juicios de la prensa periódica parisiense—ámbas son interesantísimas por su esencia i bellas en su forma. Los documentos esparcidos de la gran causa de una de las mitades de la especie humana, esto es, todo cuanto prueba algo a favor de la emancipación de la mujer, parece que ha sido reunido i puesto en orden por la primera de las dos nombradas escritoras, i apoyado aquel importante interes social con argumentos de una lógica irrefutable. El libro de la condesa Dora d'Istria es—según palabras de un periódico acreditado—corroborante enérgico del de mademoiselle Marchet Girard, *viniedo (dice) a prestarle el testimonio de una parte del globo, despues de compulsar archivos vivientes; esto es, viajeros, historiadores, costumbres, vida íntima*.

«Las mujeres—dice tambien el citado periódico—parecen decididas, por fin, a tomar en manos sus propios intereses, i preciso es confesar que—aparte de la fuerza que puedan tener los argumentos contenidos en los dos libros mencionados—ellos por sí mismos son dos argumentos irrefutables en favor de la igualdad intelectual de ámbos sexos.»

La humilde persona que suscribe estos artículos, queridas lectoras, no aspira en manera alguna a presentarse a vosotras como digno campeón de nuestro comun derecho; pero seale permitido—al enorgullecerse de los triunfos del sexo—haceros notar, por término final de estas breves observaciones, un hecho evidente, que quizá prueba mas que todos los argumentos.

En las naciones en que es honrada la mujer, en que su influencia domina en la sociedad, allí de seguro hallareis civilización, progreso, vida pública.

En los países en que la mujer está envilecida, no vive nada que sea grande; la servidumbre, la barbarie, la ruina moral es el destino inevitable a que se hallan condenados.

ESCUELA REPUBLICANA.

Por Emilio Sauvages.—Traducido para “El Atacama” por Sara E. Lazanel.

DE LA LIBERTAD.

La libertad en todo i por todo, tal es el principal atributo del alma humana, el principio por excelencia de toda teoría moral, política o filosófica.

Tan profundamente grabada está en nosotros esta verdad, que no hai un soberano que sueñe reinar siquiera por un instante en un pueblo civilizado sin deponer ántes su arbitrariedad i despotismo en aras de la libertad.

En su totalidad puede un pueblo ser explotado i engañado, puede abusarse de él; pero no firmaría jamás él mismo un contrato por el cual su libertad se viera comprometida.

En todas partes vemos este gran sentimiento del alma humana confesado i reconocido, en una serie de distintas formas, absorbentes todas en su fondo; por eso es que vemos este principio proclamado por todas partes: libertad de conciencia, libertad de cultos, libertad de asociación, libertad comercial, etc., etc., i en parte alguna encontramos sus aplicaciones.

No sabríamos admirarnos lo bastante de este tan sensible resultado, obtenido por los promotores autorizados de la civilización i del progreso, si tenemos presente que los filósofos, los teólogos i los políticos, etc., no están aun de acuerdo en la definición que conviene dar a la libertad.

En efecto, mientras que no estemos de acuerdo acerca de la naturaleza de este derecho imprescriptible del hombre, las libertades todas no serán sino pálidos emblemas de servidumbre para un pueblo de súbditos, de peligrosas ilusiones para un pueblo de ignorantes, i de funestas contradicciones para un pueblo de ciudadanos gobernados por monárquicas instituciones.

Tratemos de evitar los errores, errores comenzados por nuestros predecesores, i principiemos por analizar la naturaleza de un principio del cual exijimos su aplicación.

Si no nos apresuramos en definir la naturaleza de la libertad, puede ésta ser considerada como la causa de todas las calamidades públicas.

[1] Recordamos, entre otras, a la célebre doña María Isidra de Guzmán conocida con el nombre de doctora de Alcalá.

[2] Nos contentaremos con citar a Jorje Sand, jefe de todas esas *lampiñas disfrazadas*. El nombre varonil que supo ilustrar con sus escritos, figuraría indudablemente entre los mas notables de la Academia francesa; pero ¡oh dolor! se supo demasiado pronto que eran postizas las *barbas* de aquel gran talento verdadero, i hé aquí que la falta del apéndice precioso jamás podrá ser subsanada por toda la gloria del Byron frances.

[3] Clemencia Isaura, cuyo hermoso retrato hemos tenido el gusto de ver conservado con veneración en uno de los salones de la Academia de Ciencias i Letras de Tolosa de Francia.